

Editorial

No siempre resulta fácil hacer una revista de arquitectura. De todas las dificultades que entraña su elaboración la primera que se presenta es, obviamente, comenzar, y tal vez sea por presentarse en primer lugar por lo que resulta especialmente comprometida. En esta ocasión, al trance de empezar una nueva etapa de la longeva revista del Colegio de Arquitectos de Madrid se une, además, un hondo sentimiento de tristeza. La pérdida de Rafael de la Hoz y Francisco Javier Sáenz de Oiza, de Enric Miralles, de John Hedjuk y Eladio Dieste, nos ha privado, en estos últimos meses, de su incontestable magisterio. Sus diferentes modos de hacer, sus diversos entendimientos, intereses o actitudes -incluso una brillante trayectoria segada en plena sazón, quedándole aun tantos frutos por rendir- quedarán circunscritos desde ahora sólo a la presencia escueta de sus obras.

Como señala en su presentación el Decano del Colegio, nunca el fallecimiento de un arquitecto ha alcanzado la resonancia que ha obtenido el de Oiza. La espontaneidad con la que, durante unas semanas, han venido glorificando su irrepetible personalidad sus compañeros y sus colaboradores, el mundo académico y el profesional -amigos y alumnos casi todos-, sólo puede estar remitiéndonos a una figura sin par. Para la revista Arquitectura, difusora siempre de sus obras y opiniones, resulta inexcusable unirse a estas emocionadas voces de homenaje con algo más que una breve rememoración.

La iniciativa de la Comisión de Cultura del Colegio, refrendada posteriormente por la Junta de Gobierno, para integrar nuestras en principio diversas voluntades ha cristalizado en este número extraordinario que pretende sumarse modestamente al unánime reconocimiento que desde siempre gozó el maestro Oiza.

El material aportado esboza una semblanza sentimental de su magisterio, de su profesionalidad y del insaciable afán por aprender que siempre le poseyó. Algunas de sus ingeniosas disertaciones, junto a su última lección dictada; la Casa, su casa, como paradigma arquitectónico, ejemplificado también con la primera y la última de sus mejores viviendas unifamiliares; su reconocida peripecia frente a unos niños, además de su postrer viaje, siempre tras Le Corbusier; y una breve reseña de su espléndido legado arquitectónico, encarnado ya de manera definitiva en la ciudad, articulan las páginas de una fecunda vida dedicada apasionadamente a la arquitectura, las páginas de este inmediato y sentido homenaje.

Siva este arduo esfuerzo inicial, dedicado a Oiza, para testimoniar a cuánto asciende nuestra deuda hacia estas figuras que contribuyeron a definir con su obra buena parte de la segunda mitad del siglo que termina. Y sirva, en definitiva, este número extraordinario para presentar la nueva etapa de la revista Arquitectura, que ambicionamos presidida por la calidad y el interés de sus contenidos, y abierta a todos los arquitectos.